

VALLEJO: EL HOMBRE

Magro, ligeramente alto, cetrino y esmirriado; nariz aguileña, frente amplia, cuyos parietales sobresalían formando en el centro una cuenca; cabellos poblados, lacios, intensamente negros: «ojos brillantes en el fondo sensible y misterioso de sus cuencas; oscuros como encerrando un enigma indescifrable; y, luego, un mentón echado adelante, firme, delatando una tenacidad incommovible». Esta envoltura externa conducía a un enigma en las entrañas, que saltaba a menudo a sus pupilas, prontas al llanto y cercanas a íntimos recuerdos del pasado. Una nostalgia que arrastraba un no sé qué de divino, como queriendo revivir las escenas del Gólgota. Tal el hombre cuya fisonomía mortal se pareció a la del Cristo agónico en su firmeza, sin palabras de queja y más bien dulces y amables, como dirigidas a su madre muerta.

Unidad perfecta entre la materia y el espíritu como para no dudar de su sinceridad, de su proceder de hombre que sabe dónde va y qué es a lo que aspira. Una especie de beatitud y consagración a la vida y al ser humano para redimirlo a su manera, para aspirar a su perfección y a su felicidad, palabra esta tan cara para él.

El cruce en el centro de su corazón de las razas que habitaban en su sangre lo hizo sentir más intensamente el lado materno por la simple inclinación del sentimiento. El lado del indio manso que se resigna al sufrimiento sin verter una queja.

¿Qué tuvo este hombre de divino? Porque sólo un ser superior puede expresarse con tal hondura sin lastimar a nadie y teniendo a Dios en los labios, mostrando la otra mejilla para recibir una nueva bofetada.

Seguir el periplo de su vida significa adentrarse en el misterio. Hombre nacido de hogar religioso, el último del matrimonio que, como tal, es mimado por todos: el *shulquito*; emprende, sin embargo, una verdadera odisea, llena de abrojos innecesarios pero evidentes que lo llevan a ausentarse del país, del anfiteatro de sus desgracias, huyendo como perseguido, como en realidad lo fue, por delitos que no cometió, y de los cuales no pudo escapar anímicamente hasta el final de sus días.

Una noche, ya transcurridos los sucesos de Santiago, refugiado en «El Predio» de Orrego, en Mansiche, tuvo una visión premonitoria. Entre el sueño y la vigilia, aunque él aseguraba haberse encontrado perfectamente despierto, se vio tendido, muerto, con los brazos

cruzados y rodeado de gentes extrañas, entre las que sobresalía una mujer vestida de ropas oscuras; y, del fondo, como de entre la niebla, emergió su madre caminando hacia él para extenderle sus brazos. La escena era en París, que Vallejo no conocía.

¿Cómo no iba a producir, entonces, poemas vitales con estas vivencias? Acosado como un animal salvaje y asido sólo de los recuerdos de su madre, que lo acompañaba siempre como un ángel tutelar. Y así, ajeno a su medio, abandonado a su suerte, contando sus pasos tétricos en la ciudad devoradora, en la cual quiso esconderse como una aguja en un pajar.

Las vivencias de su tierra nativa lo visitaban a diario: el hogar, los hermanos, sobre todo los muertos, y su madre entre ellos, acariciándolos con ternura; luego su lar querido, cuyas rugosidades semejaban a los tajos de su frente. Ausente «... más lejos de lo lejos, al misterio», pero presente en todo, hasta en las cosas más pequeñas, como el sabor de los huiros (cañas del maíz), los toques del «ciego Santiago», pero siempre esas sus «cuatro paredes de la celda». ¿Cómo iba a vivir, «distantes esas cosas»? Su paciencia se apolillaba, esperando ese «domingo bocón y mudo del sepulcro».

¿No es éste un caso excepcional? Todos los poetas cantan sus tristezas y también las tristezas ajenas, pero no se han hecho responsables de lo no cometido. ¿No es esta humildad el gesto propio del Nazareno? Tal vez se le reproche su tristeza, su falta de entusiasmo y optimismo: por lo que pide disculpas, que le perdonen su tristeza, como queriendo decir que eso es propio de su naturaleza, de su modo de ser.

«Cristo de la poesía universal» asaltado por una tenacidad humana de amor, sobrepasando todos los niveles de lo concebible; sufre por todos, recibiendo el castigo por hechos no cometidos, purgando culpas ajenas hasta «su fin final».

Espergesia

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Todos saben que vivo,
que soy malo; y no saben
del diciembre de ese enero.
Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Hay un vacío
en mi aire metafísico
que nadie ha de palpar:
el claustro de un silencio
que habló a flor de fuego.
Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Hermano, escucha, escucha...
Bueno. Y que no me vaya
sin llevar diciembres,
sin dejar enerros.
Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Todos saben que vivo,
que mastico... Y no saben
por qué en mi verso chirrían,
oscuro sinsabor de féretro,
luyidos vientos
desenroscados de la Esfinge
preguntona del Desierto.

Todos saben... Y no saben
que la Luz es tísica,
y la Sombra gorda...
Y no saben que el Misterio
sintetiza...
que él es la joroba
musical y triste que a distancia
denuncia
el paso meridiano de las lindes a
las lindes.

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo,
grave.

César Vallejo

Vallejo: el hombre. Diario *La Industria* de Trujillo. 29/03/92